



PESTAÑAS POSTIZAS.

José Eduardo Tornay

Le estoy sujetando la muñeca, que ella aplasta contra su pecho, cerca del pezón derecho, mientras acelera con el pie derecho y con el izquierdo mantiene presionado el embrague. El freno de mano esta echado. Le sujeto la muñeca y sonrío, voy acercando lentamente mi cara a la suya, sitúo mis labios a mil metros de los suyos y entonces retrocedo con pausa. Ella no puede resistir el juego y me lanza un mordisco sin apretar los dientes, introduce su lengua cálida en mi boca, la retuerce, y durante unos segundos restriega la mano que sujeta su muñeca contra el pecho. Luego me separa de sí bruscamente y vuelve a acelerar a fondo. Respira hondo. Estamos en un cruce, orillados en el arcén, a medio camino entre su casa y la mía.

- Espera un momento -dice-. No quiero que pienses... Pero yo la interrumpo bruscamente.

- No, escucha un momento tú -le digo-. Ya se que siempre estoy jugando a que quiero meterme en tu cama. Solo lo hago porque eres un raro espécimen al mantener tu virginidad a los 24 años. Pero no quiero que pienses que porque me hayas comido la boca ya me tienes en el bote. -En su boca se va dibujando una sonrisa. Deja de acelerar-. Desde luego, si piensas que soy un tío fácil, la llevas clara. Si te quieres acostar conmigo te lo vas a tener que trabajar.

Respiro hondo. Ella mira al frente y no habla. Sus pupilas se están humedeciendo.

- Un momento. Estas llorando... ¿de alegría?

- Tu ganas. Me tienes totalmente enamorada. Vas a venir a mi casa y que sea lo que Dios quiera.

Pone el coche en marcha. Durante el camino no hablamos. Pienso en cuanta razón tiene mi amigo Rodrigo cuando dice que a estas tías estrechas no hay otro sistema como el desprecio para llevárselas al huerto. Pero también recuerdo que a Mony la quiero. Sobre todo por esa apariencia de fragilidad que la hace tan acogedora.

Cuando llegamos al aparcamiento de su adosado me lanza una penúltima mirada interrogatoria, intentando saber si puede fiarse totalmente de mí, de mi discreción y mi delicadeza. Asiento con la cabeza.

- Me vas a tener TOTALMENTE DESNUDA -dice-. Es muy importante para mí.

- Claro, y tu a mí -contesto con la sonrisa del que cede el paso en una puerta-. Por si no lo sabes es así como es esto.

- Ya veremos.

Mientras subimos los cinco escalones y ella abre la puerta me da tiempo a pensar en las ganas que he tenido de acostarme con ella desde que apareció en la Sucursal, exactamente desde el primer segundo en que la ví. Pero sigue sin hablar. Enciende una pequeña lámpara azul en una mesita junto al equipo de música, introduce un compacto, «Toros y toreros en Sevilla», de pasodobles. Le gusta la Fiesta por tradición familiar. A mi me da igual. No recordaba que duerme en un sofá-cama doble en el mismo salón y ahora que lo recuerdo no tengo ganas de ayudarlo a abrirlo, sino de quedarme así, junto al televisor apagado, viendo como se tensan sus glúteos rotundos mientras tira del asa. Se ve desenvuelta y decidida. Dice:

- Vamos a tomarnos otra copa mientras nos desvestimos.

- Si que te lo tomas con profesionalidad. Yo he bebido ya bastante.

Ante mi gesto de escepticismo, llena dos vasos anchos con un poco de hielo y una cantidad desmesurada de whisky irlandés. Da un sorbo largo.

- Espero que estés preparado para verme TOTALMENTE desnuda -dice.

- Si. Hace tiempo que estoy, no sólo preparado, sino impaciente.

Se la ve inmediatamente mas ebria y tensa. Pero decidida. Se saca la blusa sin desabrochar y deja caer la falda. Le sonrío y empiezo a quitarme yo la ropa. Parecemos autómatas. Otro sorbo largo.

- Espero que me quieras lo suficiente.

No le contesto. Totalmente en el bote. Se cubre un poco los pechos para desabrocharse el sujetador y cuando se lo quita, ¿qué?, el seno izquierdo está plano, vacío. Una prótesis de goma

rueda por el suelo entre encajes. No doy crédito. Entonces viene lo mejor: toda la dentadura es postiza. Ni un solo diente, solo encías. Los mete en su vaso y da un nuevo sorbo. Yo me veo obligado a imitarla. No se si seguir quitándome la ropa. Ahora resulta que su melena cobriza es peluca. Totalmente calva. Cejas postizas. Pestañas. ¿Como no lo había notado? Pienso en el pubis y no me da tiempo a contestarme. Ahí esta. Lampiño. Se quita los zapatos mientras me bebo casi todo el irlandés de un trago y carraspeo. El pie derecho también se lo quita. Mientras te apoyas en el muñón, el solo de "Nerva" de fondo, con una sonrisa, Mony de mi vida, amor mío, dices:

- Ahora viene lo mejor.

El ojo izquierdo, su maravilloso ojo verde con tonalidades amarillas, sale de su órbita con la presión de dos dedos. Al vaso también. Hay un agujero facial en el que cabría todo mi deseo. Me acabo el whisky y cojo la chaqueta. Me lanzo afuera.

- ¿Ves todo lo que me querías? -escucho, mientras cierro la puerta tras de mí con un portazo. Respiro fuerte al correr calle abajo.

He bajado hasta un pequeño bar nocturno que hay en la playa. Me he tomado ya otro par de whiskys con cola. He tenido que ir al lavabo, y en la puerta hay uno que parece más borracho que yo, aunque va perfectamente vestido. Grueso, alto, con bigote. Fuerte pero flácido. Me veo obligado a mantener una pequeña disputa para que abrevie y me deje pasar. Cuando termino, volvemos a discutir sin motivo concreto y entre las posibilidades de partirnos las narices o hacernos amigos, optamos por lo ultimo. Me invita a una copa y yo a él a uno de esos tintos de verano con vodka que bebe. Pide una lata de aceitunas, y después de vaciar el líquido en un vaso, lo bebe de un trago.

-Dicen que es cancerígeno, pero a mí me gusta- dice.

Al rato le estoy terminando de contar con todo lujo de detalles lo que me ha pasado con esa tal Mony de mi trabajo, mientras él me mira fijamente y en silencio, comiendo las aceitunas rellenas de pimienta de tres en tres.

- ¿Y eso es todo? -concluye- ¿Por eso te emborrachas a solas?

- Si te parece poco estar tres meses invitando a cenar a la mitad de lo que creías que era una mujer estupenda...

- Mira: eso no es nada. La vida empieza cuando has cargado sobre tus hombros el cadáver de un ser querido. Mi novia murió hace dos meses de leucemia. Una agonía que yo me he tragado solito. Y hace tres días he enterrado a mi padre. Cáncer de próstata. Ahora me vas a vacilar A mí con que una tía tiene una teta de silicona.

- Goma. Una teta de goma. Y yo la quería. O sea, que has estado escuchándome solo porque estabas totalmente seguro de que tu historia era mejor...

- No, espera, ahora viene lo mejor. Mi madre murió. Soy hijo único. El estúpido de mi viejo que en paz descansa lleva cuarenta años pagando un seguro de vida y ahora resulta que soy único beneficiario. Soy millonario, pero no tengo ni novia. NO TENGO NI CARNET DE CONDUCIR.

Algunas parejas, en la penumbra del fondo, empiezan a mirar con recelos a la conversación de los borrachos de la barra. Añade:

- Tómate otra copa, amigo.

- Si, hombre, para que me declares heredero universal. Ya me conozco yo a los bujarrones engañabobos como tú. ¿Qué te crees, que me chupo el dedo? Estás mas tieso que la mojama y te quieres aprovechar de lo que crees que es una depresión desvolitiva. Pues sí, yo quería a Mony y la quiero. Y ahora mismo me voy a lamerle el agujero de la cara. Seguro que esta más sabroso que ese bigote cancerígeno.

Me coge de las solapas el monstruo y me alza un palmo del suelo. Pega su nariz a la mía.

-No sabes lo que dices, gallina. Por eso no te saco a patadas de MI local.

Me suelta lanzándome hacia la rue. Me voy, pero antes grito:

-¡Lo sabía. Esto no es mas que una cueva de bujarras. Ahora mismo me voy a tamborilear en la calva de Mony!.

Desde luego, no voy a ir a casa de Mony. No se si podría hablar con ella, pues ignoro si duerme con todo el aparato burocrático o TOTALMENTE en cueros. Camino por la playa hacia la ciudad. De cuando en cuando miro hacia atrás, pero parece que el gigante bigotudo no tiene ganas de echar una carrerita. Fumo un cigarrillo ruso, negro, muy negro, de contrabando, claro, que me llega hasta el fondo de los pulmones y me recuerda con su repercusión lo muy borracho que estoy. Las solapas de la chaqueta están desgarradas, así que no creo que importe que me tumbe en la arena gruesa y con guijarros. Doy varias vueltas para rebozarme bien. Estoy realmente guarro. Hasta alquitrán, por supuesto, en el pantalón vainilla. Me voy a ir andando a mi casa. Dos kilómetros para despejarme. No llevo reloj. ¿Se me habrá olvidado en lo de Mony? Es lo primero que me quito al desnudarme. Lo primero es desprenderse del tiempo. ¿Qué hora será? No más de las tres o las cuatro.

Dos chavales se acercan a mí, de frente -18-20 años- cuando salgo de la playa para entrar en el Paseo Marítimo.

- ¡Eh!, ¿llevas hora? -dice el pequeño del chaleco sin camisa.

- No, pero deben ser las tres o las cuatro -contesto, tensando los imperceptibles músculos de la frente.

- ¿Y fuego? -dice el grande de las patillas. Hace un gesto como para sacar tabaco, mientras me tapa la salida con el cuerpo. Pero abre una navaja automática contra mi pecho.

- ¿Qué queréis? ¿No veis que soy un tieso, como vosotros?

Sonrío con seguridad. Al fin y al cabo todos hemos empezado así.

- Venga, la guita. No te hagas el gracioso que mi colega tiene el mono y se pone de los nervios -dice el del chaleco, metiéndome mano al bolsillo interior de la chaqueta.

Empiezo a patlear y a mover los puños como aspas de molino. Noto un pinchazo corto en la barriga. Casi un rasguño, pero me ha paralizado. Una patada en la entrepierna, un rodillazo en la cara. ¿Cuántos caños de sangre tengo abiertos? Cuentan la calderilla. El de patillas rompe mi tarjeta de crédito con un chasquido y prende fuego a la cartera, con la documentación dentro.

- Hasta luego, fantasma -escucho.

Me quedo un rato tumbado boca abajo. Tengo húmedo el vientre, pero no me duele. Vomito sin alzar la cara. El asco me insufla fuerzas. Me pongo en pie. Veo la mancha roja en la camisa. No es mucho. Me limpio la cara con la chaqueta: vomito verde y sangre. Camino mirando hacia todas partes. Un coche de policía local se acerca, sin pararse; camina a mi lado. Les grito:

- ¡Eh, vaya suerte. Son dos, uno así y otro así!. -señalo las alturas con las manos abiertas, como moviendo los hilos de dos marionetas-. El grande con patillas y el chico con un chaleco. Me han quemado la documentación y, miren: -les señalo la camisa manchada de varios colores.

- Amigo, es un poco tarde. Váyase a casa y no la líe si no quiere dormir caliente en el retén.

Valoro mi situación: No documentación. Sí borrachera. Sí chaqueta manchada. Sí vomito en cara. Asiento, al fin, con la cabeza. El coche-patrulla se aleja lentamente.

Me dirijo a mi barrio por el camino más corto, por unos callejones oscuros. No tengo nada que perder. Dos vagabundos están bebiendo tinto de un tetra-brick. Me saludan.

- Jey, ¿un traguito, amigacho?

- Seguro que es cancerígeno -contesto, casi tartamudeando-. Además, me voy a dormir a mi casa, que las sábanas están limpias.

- Los hay con suerte -dice uno. Otro:

- No. Los hay que nacen con estrella y los hay que nacemos estrellados.

Pienso en esto último. No puedo contener la risa. Es una risa espasmódica, visceral. Me viene de la herida del abdomen y se multiplica en la garganta.

- ¡JA, JA, JA, JA, JA...!

Alguien abre un balcón en un tercer piso. Deben ser las seis.

- Mamón, ¿armando jaleo? Como se nota que no tienes que levantarte temprano a trabajar...

Sigo riendo. Veo mi calle a lo lejos. No tengo ni idea de qué cara pondremos Mony y yo cuando nos encontremos el lunes en la Sucursal. Ni si vendrá completa o en versión light.

